

“LA VERDADERA LIBERTAD LA DA CRISTO”

(Domingo 11 de septiembre de 2011)

**(Por el pastor Emilio Bandt Favela)
(No. 427)**



**MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA
PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO**

***“Y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador,
Que apartará de Jacob la impiedad”
(Romanos 11:26)***

Dentro de unos días, los mexicanos estaremos celebrando los doscientos un años del inicio de la lucha por la independencia.

Fue la madrugada del 16 de septiembre de 1810 cuando Ignacio Allende llegó hasta la casa parroquial de Dolores. Tras despertar al cura Hidalgo, ambos charlaron por un tiempo acompañados de una taza de chocolate. Después de dialogarlo decidieron levantar la lucha armada antes que los españoles deshicieran sus planes.

Alrededor de las cinco de la mañana Hidalgo, con la campana de la parroquia, convocó a la misa patronal del pueblo y dio el Grito de Dolores, con lo que empezó formalmente la Guerra de Independencia de México.

En esta gesta participaron muchos que hoy son considerados como héroes de la Patria: Galeana, Rayón, Morelos, Guerrero, Allende, Aldama, Abasolo, Bravo, Matamoros, Mina y Coronado. En casi todas las ciudades de nuestro país hay monumentos que los honran como libertadores y muchas calles llevan sus nombres.

El más reconocido es precisamente el cura Miguel Hidalgo, quien por haber iniciado esta lucha insurgente, fue llamado “Padre de la Patria” y “Generalísimo de América”.

Aunque en honor a la verdad, no resistió mucho tiempo, ya que inició la batalla el 16 de septiembre de 1810 pero fue fusilado en la ciudad de Chihuahua, Chih. el 30 de julio de 1811, por lo que su participación fue de sólo diez meses y medio.

Asimismo, la mayoría de los personajes de la Independencia, no duraron mucho en el campo de batalla. No obstante, no podemos dejar de percibir que hicieron algo por un pueblo oprimido por la aristocracia española y por los ricos hacendados que tenían a los indígenas mexicanos como esclavos.

Si ellos hicieron algo bueno por su pueblo, ¿Por qué nosotros no hacemos lo mejor por nuestro pueblo? ¡Qué bueno sería que algunas calles llevaran los nombres de algunos de nosotros, porque hicimos algo relevante por nuestra gente!

Cabe una pregunta aquí: ¿Qué será lo mejor que como cristianos podemos hacer por nuestra Patria?

Lo cierto es que los cristianos podemos superar a los héroes nacionales, porque lo que aquellos héroes han logrado se limita a lo terrenal, a una libertad perecedera o a un bienestar temporal; mientras que nosotros podemos guiar a nuestra gente a la vida eterna y abundante que sólo Cristo ofrece.

Nuestra ciudad y no sólo ella, sino toda nuestra nación está hundida en el pecado, presa en las garras de la violencia, atrapada en los poderosos tentáculos del narcotráfico, de la inmoralidad, de la corrupción, amenazada por el terrible fantasma de la violencia social, y si esto fuese poco, está inmersa en las profundas tinieblas de la idolatría.

¿Qué podemos hacer por nuestro pueblo? ¡Todo lo mejor!

Hoy le invito a considerar el ejemplo del apóstol Pablo y ver lo que él hizo por su pueblo.

1. Anhelemos fervientemente la salvación de nuestro pueblo (Romanos 10:1a).

Como dice nuestro apóstol aquí: **“Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón...”**.

Nosotros sabemos que todas las cosas tienen su inicio en el corazón. En el intelecto, en el sentimiento y en la voluntad.

Y nuestro corazón debe estar dirigido hacia la salvación de todos los que nos rodean.

Las palabras de nuestro Señor Jesucristo: **“... y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8)**, siempre se han interpretado como que nuestra ciudad es nuestra Jerusalén y nuestro país es nuestra Judea, los países vecinos nuestra Samaria y todas las demás naciones son hasta lo último de la tierra.

Nosotros debemos sentir una gran necesidad de ver a nuestro México salvo. Debe ser con dolores de parto como el mismo Pablo lo sentía, como él mismo lo testifica: **“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas...” (Romanos 9:1-4a)**.

Y en otro pasaje también testifica: **“Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19)**.

Todas las acciones de los héroes nacionales nacieron en su corazón primero, se gestaron en su voluntad, ellos anhelaron y quisieron una vida mejor para sus coterráneos, legaron un tesoro de libertad que ahora disfrutamos.

Así, nuestro esfuerzo por nuestro pueblo debe nacer de nuestra voluntad, de lo más profundo de nuestro corazón. Nosotros podemos conducir a toda esta gente a una libertad superior, que es la libertad en Cristo Jesús, pero, ¿Queremos hacerlo?

La historia de Israel nos cuenta que en los tiempos del rey David, los sirios y los amonitas atacaron al pueblo de Dios; pero Joab y su hermano Abisai tuvieron voluntad de enfrentar a los enemigos y vencerlos. Me emocionan las palabras de Joab a Abisai: **“Esfuézate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga Jehová lo que bien le parezca” (1 Crónicas 19:13)**.

Ante el flagelo de la violencia, del crimen organizado, de los robos, las extorsiones, los secuestros, ¿Podemos decirnos lo mismo unos a otros? ¿Podemos esforzarnos por nuestro pueblo?

¡Sintamos ese anhelo en nuestro corazón!

2. Oremos fervientemente por la salvación de nuestro pueblo (Romanos 10:1b-3).

Pablo prosigue en su escrito: **“... y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios”**.

El apóstol a los gentiles veía esto y le pesaba en su corazón y por eso oraba fervientemente por su pueblo Israel.

Así como Pablo no sólo anhelaba la salvación de los suyos, sino también oraba intercediendo fervorosamente, nosotros también debemos orar vehementemente por todo nuestro México.

Y es que ciertamente, Dios nos ordena orar por nuestro pueblo.

Nosotros debemos darnos cuenta que nuestros compatriotas están ciegos espiritualmente, que buscan su salvación confiados en sus propios méritos. Otros han endurecido su corazón y aun cuando han escuchado el evangelio, no quieren aceptar a Cristo como Señor y rendirle sus vidas a ÉL. Por esto, debemos orar e interceder con mayor intensidad. Nuestro Señor Jesucristo dijo: **“... este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (Marcos 9:29)**.

Debemos orar porque el Señor alumbre sus ojos y su entendimiento. Debemos orar porque el Señor los libre del engaño y de los lazos del diablo en que están cautivos a voluntad de él.

Yo no sé cómo le ha hecho Satanás, pero ha logrado que los cristianos de hoy y las iglesias se olviden de la oración y el ayuno como fórmula de poder.

Juan Calvino oraba por Escocia y decía: “Dame Escocia o me muero”. Juan Wesley, fundador del metodismo, oraba y ayunaba dos veces a la semana siguiendo el método de la iglesia primitiva.

Jonathan Edwards oraba y ayunaba por Estados Unidos hasta el grado de no poder sostenerse en pie. Se dice de él que pasaba diez, doce, quince y hasta dieciocho horas en oración antes de predicar su siguiente sermón. Charles G. Finney, oraba y ayunaba con regularidad y Dios lo usó en un gran avivamiento en su país en el siglo antepasado.

¿Y los mexicanos? ¿Cuánto estamos orando por nuestra patria, por nuestra ciudad, por nuestro pueblo? ¿Por qué México no ha tenido nunca un gran avivamiento espiritual? ¿Qué estamos haciendo nosotros los cristianos por nuestro país?

Creo que debemos tomar la decisión de orar y ayunar frecuentemente por nuestra amada patria. ¡Ojalá entre nosotros se levante un héroe de oración, un paladín de la intercesión, un varón de Dios que se ponga en la brecha y abogue por esta tierra!

¡Creo que Dios nos está llamando a un despertar a la oración por nuestra Patria!

3. Prediquemos fervientemente el evangelio a nuestro pueblo (Romanos 10:4-9).

Nos sigue escribiendo Pablo: **“porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas. Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Más ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”**.

Los individuos, así como las naciones, solo serán salvas por la predicación del evangelio. Por eso el mandato de Cristo: **“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones...” (Mateo 28:19)**. La promesa original a Abraham fue así: **“En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra...” (Génesis 22:18)**. Nuestro Señor Jesucristo también enseñó: **“... mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones...” (Marcos 11:17)**.

¿Estará nuestra nación también incluida en estas preciosas promesas? ¿Tomará Dios en cuenta también a nuestra nación? ¡Claro que sí! ¡Por supuesto que sí! La puerta del Señor también está abierta para nuestra Patria.

Hoy debemos salir y evangelizar. Testificar a familiares, amigos, conocidos, compañeros de trabajo y estudios. ¡Este es el verdadero trabajo de la Iglesia!

Se cuenta que un pastor que recién llegó a una iglesia, cuando le presentaban a los oficiales y miembros, en lugar de decirles: “Mucho gusto, Dios le bendiga”, les decía: “¿Cuántas personas ha ganado para Cristo?”. Él consideraba como principal trabajo el tocar puertas y testificar a la gente.

Debemos hacer lo mismo. Nosotros tenemos una palabra de fe, misma que debemos predicar. El apóstol Pablo dice en nuestro pasaje que la gente no necesita para salvarse guardar ciertas ordenanzas, no necesita enviar a alguien al cielo para traer la palabra de salvación, ni necesita mandar a alguien al abismo por esa palabra de salvación, sino que cerca, muy cerca de toda la gente está la palabra de salvación y nosotros tenemos esa palabra de fe y debemos predicarla.

Hoy debemos predicar el evangelio y hacerlo con urgencia. En la premura del cumplimiento de su comisión, el cristiano debe parecerse a aquel siervo del profeta Eliseo llamado Giezi, cuando su señor lo envía a poner su báculo sobre el rostro de un niño muerto. El profeta le ordenó: “... **Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y ve, si alguno te encontrare, no lo saludes, y si alguno te saludare no le respondas; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño**” (2 Reyes 4:29). Esto no se refiere a que él fuera descortés con la gente, sino a que debía cumplir su cometido con rapidez.

Así debemos hacerlo nosotros.

La Biblia dice: “**¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!**” (Romanos 10:15). También dice otro pasaje: “**Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié**” (Isaías 55:11).

Asimismo, el apóstol Pablo nos asegura: “**Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano**” (1 Corintios 15:58).

Y uno de mis favoritos dice: “**Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego**” (Romanos 1:16).

Dios nos ha enviado a cada persona y también a cada familia. Cada hogar debe escuchar el evangelio de Cristo.

En este mes que celebramos a la Patria, ¿Cuál será nuestra mejor decisión para hacer por el bien espiritual de ella?

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“LA PATRIA ES PRIMERO”

Don Vicente Guerrero (1782 – 1831). Fue un gran general y político mexicano. Llegó a ser presidente de México en 1829. Fue un caudillo de la independencia de nuestro país. Precisamente cuando militaba en las filas insurgentes, los españoles utilizaron a su padre para que lo convenciera de deponer sus armas. La respuesta de Vicente fue: “Perdóneme padre que no le obedezca en esta ocasión, pero la Patria es primero”.

Ese mismo amor por la Patria debe latir en el pecho de cada creyente mexicano y lanzarse por la libertad espiritual de su país.

“Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, El pueblo que él escogió como heredad para sí” (Salmo 33:12)